neroso y sublime patriotismo; la mañana del 24 de Octubre fué triste y sombría para los hijos de Roma; los últimos acontecimientos parecian presagiar las futuras desgracias de Italia.

El jefe de los *Setenta*, el nuevo Leonidas, yace sin vida en el campo de batalla, y su hermano Giovani, herido tambien, aunque no gravemente, llora junto al cadáver, así como sus compañeros, la dolorosa pérdida que acaba de esperimentar en aquel combate heróico, luchando contra un enemigo diez veces mas numeroso.

Los pocos jóvenes de la banda de Cairoli que habian sobrevivido, fueron á reunirse con los patriotas que se batian en las inmediaciones de Roma, pero poco despues, Guerzoni y Castellazi, rechazados con sensibles pérdidas, principalmente á causa de la falta de armas, hubieron de ocultarse por el pronto á fin de esperar otra oportunidad para luchar con mas ventaja.

Cucchi, Bossi y Adamoli, se distinguieron por su arrojo á la cabeza de sus destacamentos, consiguiendo apoderarse de algunos cuarteles de los zuavos, mientras el pueblo se batia con las demás tropas, pero allí tambien tuvieron que ceder los ciudadanos ante el número, la disciplina y la superioridad de las armas. Así terminó aquella insurreccion que costó la vida á tantos esforzados patriotas, los cuales luchaban solo por su independencia; habia sido necesaria una espantosa carnicería, durante la cual se derramó la sangre del desgraciado pueblo romano, para consolidar el trono vacilante del Vicario de Cristo, defendido tan solo por las bayonetas de los soldados de Bonaparte!

CAPITULO LIII.

Desenlace del drama.

Réstanos ahora tan solo referir los detalles del ataque y defensa de la fábrica donde se habia refugiado una parte de los insurrectos con sus principales jefes, resueltos á defenderse hasta el último trance.

—¡Alerta! muchachos, gritaba Horacio, el enemigo se nos viene encima.

En efecto, apenas pronunciadas estas palabras, las tropas asaltaron la puerta principal, pero como en el interior se habian apagado las luces, los soldados no divisaban á sus adversarios, al paso que éstos no les perdian de vista. Los primeros que se acercaron cayeron heridos de muerte por los certeros golpes de Horacio, Muzio y Attilio, mas aunque se consiguió rechazar este primer ataque, no fué sin sufrir una dolorosa pérdida. La bala de un revolver atravesó de parte á parte el corazon del intrépido Horacio, en el momento en que tendia sin vida á uno de sus enemigos que acababa de saltar la barricada.

El hijo de los bosques cayó en medio de sus compañeros sin proferir mas palabras que el nombre de Irene, sin exhalar una queja, pero á pesar de esto, no tardó en llegar la noticia á oidos de su esposa. La noble mujer vió el cuerpo de Horacio en la barricada, y quiso abrazarle por última vez, sin pensar en el peligro á que se esponia, mas en aquel momento, una segunda bala cortó el hilo de su existencia, pues furiosos los soldados al ver la obstinacion con que se estaban defendiendo sus enemigos, hacian un fuego horroroso.

Inútil fué ya que los jefes aconsejaran á sus hombres la prudencia: hay momentos en que no se teme la muerte, y en que aquellos que hubieran huido en otras ocasiones ante un piquete de soldados, desprecian las balas que silvan en todas direcciones. Esto fué lo que sucedió entonces; sin tener en cuenta el número de enemigos, ni su crítica situacion, los defensores de la fábrica desdeñaron el tomar precaucion alguna, y así es que al poco tiempo quedaban ya muy pocos hombres para hacer frente á los sitiadores.

Attilio y Muzio comprendieron al momento que ya no debian esperar sino la muerte, pero ¿y Clélia y Julia? ¿Por qué habian de morir siendo tan jóvenes y hermosas?

—Muzio, esclamó Attilio, id á decirlas que aun es tiempo de escapar por la otra salida; aseguradlas que nosotros las seguiremos dentro de poco.

Apenas acababa Attilio de pronunciar estas palabras, observó que por una ventana penetraba en aquel instante un hombre en la habitacion, y ya iba á lanzarse sobre él creyendo que era un enemigo, cuando vio que éste le alargaba la mano afectuosamente, quedando no poco sorprendido al reconocer á Jacobo. El bravo marinero se hallaba en Roma durante las ocurrencias de que hemos hablado, y habia ido á la fábrica para saber cuál era la suerte de sus amigos.

El buen Jacobo habia tomado parte en casi todos los combates ocurridos en Roma, teniendo la suerte de salir ileso en todos ellos.

Por las noticias que dió, comprendieron Attilio y Muzio la suerte que les esperaba, y supieron además que ya no seria posible á las señoras escapar por la otra puerta, atendido que estaba tambien cercada por las tropas.

Entre los obreros de la fábrica que aun sobrevivian y que estaban defendiendo la entrada principal, hallábase un anciano que habia oido la conversacion de los dos jefes, y acercándose á ellos, les dijo:

—¡Animo, señores! si deseais retiraros para huir con las señoras, yo os indicaré un camino seguro; pues aquí tenemos un subterráneo que no todos conocen.

Al oir esto, Attilio y Muzio sintieron renacer sus esperanzas, pues todo su afan era salvar á Clélia y á Julia, é inmediatamente se tomaron disposiciones para asegurar su fuga.

Muzio hizo la proposicion á las dos amigas, las cuales consintieron en retirarse con tal que las siguieran los dos jefes, y entonces se acordó que el anciano Dentato y Jacobo, seguidos de los demás hombres que aun quedaban en la fábrica, escoltarian á las mujeres por la galería subterránea.

¿Y los heridos? ¡Ah! si hay algo de horrible en esas terribles matanzas de hombres á que se da el nombre de batallas, es seguramente el dejar á los heridos en poder del enemigo. Escitados por la cólera ó el deseo de venganza, los soldados son unas veces brutales, y otras, infringiendo las leyes de la guerra, atraviesan á los infelices con sus bayonetas, solo con el afan de aumentar el número de sus víctimas.

En San Antonio (América), los italianos se batieron contra los soldados del despotismo, y muchos de ellos quedaron heridos,

pero sus hermanos los retiraron inmediatamente del lugar de la accion, y ni uno solo de los que aun vivian (1), quedó á merced de aquellos caribes.

¿Y creeis que los defensores del Papa son menos crueles? En la estacion de Monte Rotondo, despues del glorioso ataque del 25 de Octubre, habia tres heridos que aguardaban el tren para ir á Terni, mas habiendo llegado los soldados Pontificios, se entretuvieron en martirizar á los infelices hasta dejarlos muertos (2).

¡Oh italianos! no dejeis nunca á vuestros heridos en poder del enemigo, pues si éste no les quita la vida, les hará sufrir un martirio aun peor que la muerte.

Attilio y Muzio, aunque cansados y heridos, no quisieron abandonar á sus compañeros, ni dejarlos espuestos á una muerte segura, y por lo tanto se dispuso que todos aquellos fuesen bajados á la galería subterránea, desde donde se les conduciria á un sitio seguro tan pronto como se hubiesen retirado las fuerzas enemigas.

No todos los defensores de la fábrica consintieron en retirarse, y así es, que cuando las tropas tomaron la barricada, los pocos que se hallaban en ella, entre los cuales se contaban Attilio y Muzio, que habian vuelto á ocupar su puesto, á pesar de sus promesas á Clélia y Julia, siguieron resistiéndose aun con sin igual obstinacion. Nuestros dos jóvenes héroes hubieran podido salvar sus vidas, pero despreciando la muerte, no pensaron ni un momento en huir, y se batieron desesperadamente contra sus numerosos enemigos hasta exhalar el último aliento. Así perecieron aquellos dos heróicos campeones de la libertad.

(1) Es doloroso tener que consignar que un hombre, herido mortalmente, fué muerto por sus mismos compañeros, para no dejarlo en poder del enemigo, que acostumbra á degollar á los que encuentra con vida en el campo de batalla.

(2) Hecho histórico.

El sargento Dentato, que tampoco habia querido retirarse, viendo que no quedaba ya esperanza ninguna, ganó el subterráneo á favor de la obscuridad y se puso fuera del alcance de sus enemigos.

Las tropas mercenarias que no pensaban sino en la rapiña y el asesinato, registraron entonces la fábrica de arriba abajo con la esperanza de recojer algun botin, sin pensar ni remotamente en el paso del subterráneo, mas al ver que no se encontraban sino cadáveres, recordaron que podia haber alguna salida secreta, y entonces, comenzaron á escudriñarlo todo hasta que dieron con ella. Sin embargo, como la puerta estaba atrancada, y era muy estrecha la galería subterránea, pasó algun tiempo antes que los soldados la ocupasen, y de este modo, tuvieron los fugitivos tiempo suficiente para escapar.